

# LA ZONA GRIS:

## aproximación psicosocial a la violencia

La metáfora de «la zona gris» permite el estudio de la violencia en toda su complejidad. Más allá del blanco y negro, de «los buenos» y «los malos», la víctima también puede convertirse en verdugo

### RESUMEN

#### Víctimas y verdugos

**1** A lo largo de la historia de la humanidad, numerosos acontecimientos han causado dolor y destrucción: guerras, genocidios, acciones terroristas, lucha entre pandillas...

**2** La clave de la violencia y la agresión no reside de forma exclusiva ni prioritaria en la manera de ser de las personas.

**3** Los perpetradores de los más dolorosos episodios de la historia son personas normales rodeadas de circunstancias que, por diversas razones, promueven y justifican la violencia, normalmente contra «enemigos».

AMALIO BLANCO

**E**l acontecimiento que más dolor y destrucción ha causado al ser humano a lo largo de la historia han sido las innumerables guerras en las que se ha embarcado, los sangrientos genocidios en los que ha participado y las numerosas acciones terroristas que de forma meticulosa ha diseñado y consumado. Pero también las batallas campales que protagonizan los grupos y pandillas juveniles, la violencia de género, los crímenes de odio cada día más frecuentes en sociedades multiculturales, o la violencia escolar (*el bullying*). Todos estos acontecimientos tienen en común su inserción dentro de una siniestra espiral de «buenos» y «malos», de «amigos» y «enemigos», de «tirios» y «troyanos»; todos ellos caen dentro de la activación de divisorias intergrupales, a las que aludíamos en otro momento en esta revista [véase «Los cimientos de la violencia», por Amalio Blanco en *MENTE Y CEREBRO* n.º 49].

No hay duda de que dichas acciones las protagonizan personas concretas, pero muy posiblemente no sean sus disposiciones personales (los rasgos diferenciales de su personalidad) o

biológicas las que más nos ayuden a resolver el enigma de las guerras, de los genocidios o del terrorismo; ni siquiera en aquellos casos en los que pareciera estar especialmente aconsejado jugar todas las bazas a la carta psicológico-individual, como en el de los terroristas suicidas. En este, como en tantos otros casos, resultaría cómodo aceptar la idea de que se trata de personas que no están en su sano juicio.

Esa no es, sin embargo, la conclusión a la que han llegado quienes se han tomado la molestia de indagar los contornos de un hecho tan siniestro. En la revisión publicada en 2003 en la revista *Science*, Scott Atran, del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan, sostiene que hablar de psicopatología en el caso de los terroristas suicidas es una inconfundible manifestación del «error fundamental de atribución» al que tan propensos somos los humanos: creemos que la naturaleza de la acción es un fiel reflejo de la naturaleza de quien la ejecuta. Estamos convencidos de que el comportamiento de las personas descansa en exclusiva sobre sus



WIKIMEDIA COMMONS / PRIVATE H. MILLER / EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

rasgos y disposiciones internas. Tras aplicarse al estudio de los resultados de media docena de investigaciones, Atran concluye que los suicidas no pertenecen ni forman un grupo especial de personas desde el punto de vista social o psicológico, sino que representan a la población normal en términos de nivel educativo, estatus socioeconómico, características y atributos sociales (desempleo, aislamiento social, desintegración familiar, etcétera) y rasgos de personalidad.

La más ingenua de las representaciones que la psicología popular ha trazado alrededor de estas personas es aquella que atribuye su comportamiento a razones psicopatológicas, tan cómodas, claras y tranquilizadoras para todos. Esta hipótesis se halla hoy «definitivamente desechada por los especialistas», advierte Luis de la Corte, de la Universidad Autónoma de Madrid. No obstante, con ello en modo alguno queda anulada la presencia de razones psicológicas individuales. Lo que queda fuera de duda es que, por lo general, las personas implicadas en este tipo de acciones tienen en común los siguientes rasgos:

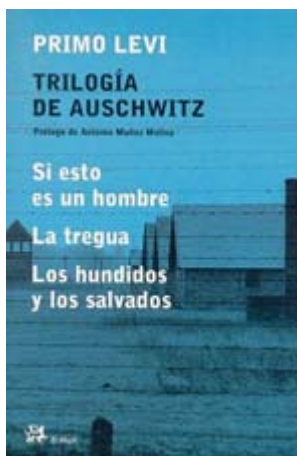
- viven en un entorno violento;
- suelen ser jóvenes y, por tanto, necesitados de apoyo, reconocimiento, identidad, al tiempo que se hallan expuestos a la presión grupal;
- son personas imbuidas o a las que se les adoctrina en una ideología política o religiosa primaria, excluyente, o ambos, normalmente, con claros ribetes de fanatismo;
- Hay una organización que alienta, legitima y premia de diversas maneras las misiones suicidas, y
- suelen tener motivos personales para embarcarse en esa macabra aventura (sed de venganza por la pérdida de seres queridos a manos del enemigo; resentimiento, búsqueda de una identidad social positiva, cumplimiento del deber, odio macerado a lo largo de generaciones...).

Robert Pape, profesor de ciencia política en la Universidad de Chicago, ha dedicado un pormenorizado estudio a desentrañar las estrategias del terrorismo suicida. La lógica causal de esta

#### CASO PARADIGMÁTICO

Elie Wiesel (*círculo amarillo*) ejemplifica en su trilogía la posibilidad de que una misma persona pase de ser víctima en el campo de concentración de Auschwitz a convertirse en verdugo como miembro de un grupo terrorista.

*Los terroristas  
suicidas no  
pertenecen  
ni forman un  
grupo especial  
de personas  
desde el punto  
de vista social  
o psicológico*



La trilogía de Primo Levi sobre sus experiencias en Auschwitz (*Si esto es un hombre*, *Los hundidos y los salvados* y *La tregua*) recoge el testimonio más completo de la lucha por la vida en un campo de exterminio.

modalidad tan aterradora de violencia se asentaría sobre tres componentes: uno estratégico, que persigue hacerse presente en la escena política mediante el miedo y la coacción; uno social, que consiste en un amplio respaldo ciudadano, y otro individual, que se basa en una insólita motivación altruista. Es decir, se trata de personas que sacrifican su vida por el bien común, y que, como ya apuntara Emile Durkheim, poseen una débil individuación: su «yo personal» se confunde con el «yo colectivo»; su razón de ser se halla definida por la pertenencia grupal o categorial.

¿Qué tipo de personas eran los perpetradores del Holocausto?, se pregunta Raul Hilberg en su obra *La destrucción de los judíos europeos*, probablemente el más completo estudio sobre la aniquilación a que fueron sometidos en el viejo continente. «No eran hombres especialmente elegidos. El perpetrador alemán no era un tipo de alemán diferente... Por mucho que queramos trazar la línea de la participación activa, la maquinaria de destrucción constituyó una notable sección transversal de la población alemana. Cada profesión, cada especialidad y cada categoría social estaban representadas en ella.»

Una prueba descorazonadora la ofrecieron «aquellos hombres grises» del Batallón de Reserva Policial 101, cuyas fechorías criminales estudia con tesón Christopher Browning, especialista en el antisemitismo nazi y, en la actualidad, catedrático de historia en la Universidad de Carolina del Norte. En el transcurso de los diez meses que duró su andadura (de julio de 1942 a mayo de 1943), el Batallón 101 participó de forma directa en el fusilamiento de unos 38.000 judíos polacos y colaboró en la deportación de otros 45.000 a Treblinka, donde les esperaba con los crematorios al rojo vivo el sanguinario Franz Stangl, comandante del campo.

Al cabo de su investigación, Browning ofrece una reflexión: «Por fortuna, aquellos hombres grises no son todos los hombres; para nuestro consuelo algunos de ellos se negaron a matar y otros dejaron de hacerlo» en el transcurso de las diversas carnicerías en las que se vieron obligados a participar. Pero junto a las diferencias individuales, en todas las sociedades existen grupos a los que queremos apartar de nuestro lado (exclusión); existen tradiciones de discriminación y racismo insertas en las entrañas de algunos colectivos, incluso de algunas culturas; se inculca el respeto reverencial por la autoridad; la gente tiene un afán incontenible por medrar; hay una estructura burocrática en la que nos vemos enredados y de cuyas consecuencias no nos sen-

timos responsables; existen grupos, sobre todo el grupo de iguales, que «ejercen una presión enorme sobre el comportamiento e imponen normas morales». Browning culmina su reflexión con una inquietante pregunta: «Si los miembros del Batallón de Reserva Policial 101 pudieron convertirse en asesinos bajo estas circunstancias, ¿qué grupo de hombres no lo haría?».

Los vecinos de Jedwane lo hicieron. Lo relata Jan Gross, quien fuera catedrático de ciencia política en la Universidad de Nueva York y que hoy enseña historia en la de Princeton, en el libro *Vecinos*. Un buen día, el 10 de julio de 1941, los varones polacos de esta pequeña población fueron convocados al ayuntamiento al tiempo que se conminaba a los judíos a reunirse en la plaza para realizar unas supuestas labores de limpieza. A partir de ese momento «se desató en el pueblo un delirio de violencia» que acabó en un progromo al que sucumbieron la práctica totalidad de los judíos (unos 1600). Los verdugos fueron sus vecinos: «En Jedwane fueron unos polacos normales y corrientes los que mataron a los judíos».

Antes de continuar, permita el lector un consejo: no diga que nunca lo haría; no se crea moralmente mejor que aquellos que lo hicieron; no piense que está hecho de una pasta que le inmuniza, por arte de magia, contra la presión grupal, la obediencia a la autoridad, el favoritismo endogrupal, la comodidad del anonimato, la manipulación de las emociones exogrupales, la activación automática de guiones de acción que ponen contra las cuerdas a quienes no son de los nuestros, la fuerza arrolladora de los ideales, etcétera.

Si seguimos de cerca el conocido relato que la filósofa política alemana de origen judío Hannah Arendt trazara de Adolf Eichmann, teniente coronel de la SS, la investigación de Christopher Browning en torno al Batallón 101, así como la increíble historia de los polacos de Jedwane, y a todo ello le añadimos las consideraciones de Raul Hilberg, el panorama ofrecería el siguiente perfil:

- Existen motivos personales (avaricia, deseos de poder, convicciones y creencias etnocéntricas, entre otros), unas veces ocultos y otras al descubierto.
- Es preciso prestar la máxima atención a la estructura burocrática, en los términos definidos por Max Weber: una estructura de poder que se concreta en el fiel y ciego cumplimiento del deber, obediencia a las órdenes emanadas de la autoridad, aceptación acrítica de las normas, etcétera.

- Aparece una presión social hacia la conformidad y un ataque indiscriminado a la independencia personal.
- Reina el adoctrinamiento: la influencia de la propaganda y el aprendizaje.
- Se persiguen metas colectivas.
- Existe la ilusión de una identidad única y común.
- Se hallan presentes sesgos endogrupales (favoritismo) y exogrupales (discriminación y hostilidad), los cuales abren las puertas a la polarización y a la activación de divisorias intergrupales.
- Persiste un clima de desintegración moral creado por la guerra.

### La víctima convertida en verdugo

Las confesiones de las víctimas son siempre un punto de referencia obligado. El escritor y superviviente del Holocausto, Primo Levi, ha legado a la posteridad el que probablemente sea el testimonio más completo y estremecedor de la lucha deshumanizada por la vida en un campo de exterminio, el de Auschwitz, en la trilogía *Si esto es un hombre*, *Los hundidos y los salvados* y *La tregua*. El capítulo segundo de *Los hundidos y los salvados* muestra su desconcierto ante el «refinamiento de perfidia y odio» mostrado por los nazis: el último eslabón de la cadena de aniquilamiento se hallaba en manos de los propios judíos (los *Sonderkommando*). Ellos eran los encargados de meter a sus correligionarios en las cámaras de gas, introducirlos, ya cadáveres, en los hornos crematorios, sacarlos y esparcir sus restos, convertidos en ceniza, en los alrededores del campo. «Haber concebido y organizado los Escuadrones ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo», escribe.

La víctima convertida en verdugo. Una metáfora dolorosa que nos estremece y nos desconcierta porque, de pronto, pone entre paréntesis la comodidad, la claridad y la seguridad de esos esquemas de razonamiento causal construidos en clave psicológica individual, y obliga a prestar atención al contexto: los poderosos y orgullosos nazis somos perversos, pero vosotros, los judíos, no sois mejores. «Si queremos, y lo queremos, somos capaces de destruir no solo vuestros cuerpos, sino también vuestras almas, tal como hemos destruido las nuestras.» Este era el mensaje que encerraba la creación de los comandos especiales. Por eso, Levi entiende que «ha llegado el tiempo de explorar el espacio que separa a las víctimas de los perseguidores». Ese no es un espacio en blanco («los buenos») y negro («los

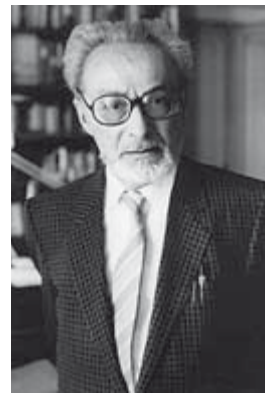
malos»), sino que se trata de una «zona gris, de contornos mal definidos, que separa y une al mismo tiempo a los dos bandos de patrones y siervos». Una zona de víctimas y verdugos, oprimidos y opresores, donde se dan la mano, aparentemente contra toda lógica, la piedad más exquisita y la brutalidad más destructiva.

Viktor Frankl, psiquiatra judío, compartió con Levi el horror de Auschwitz, así como algunas de las apreciaciones en torno a lo que allí ocurría, reunidas en su espléndida obra *El hombre en busca de sentido*: «Es evidente que el mero dato de saber si un hombre fue guardia del campo o prisionero nada nos revela de su intimidad... Las fronteras entre estos grupos se difuminan y se sobrepone en muchas ocasiones, y no debemos simplificar las cosas afirmando que unos hombres eran ángeles, y otros, demonios».

Es necesario prestar atención al sistema, al propio sistema concentracionario presidido por la creencia en la superioridad de la raza aria, marcado por la coacción, por el terror indiscriminado y caprichoso, organizado en torno a una rígida y estricta jerarquía en la que cada uno cumplía con su deber, definido en la vida cotidiana por la humillación y el desprecio a la vida de «los otros», presidido por la ilusión de una identidad única (la pertenencia a la raza aria), y diseñado con el inequívoco propósito de dar cumplimiento a una meta colectiva (el exterminio de los judíos europeos). «Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal como era el nacionalsocialismo convierta en santos a sus víctimas; por el contrario, las degrada, las asimila a él.» Las convierte en egoístas, emocionalmente apáticas, sumisas, indiferentes al sufrimiento y a la muerte, insolidarias, inhumanas. «El Lager es una gran máquina para convertirnos en animales», escribe Levi en *Si esto es un hombre*.

El caso que Elie Wiesel plantea en su trilogía resulta paradigmático. Al poco de ser rescatado del infierno de Auschwitz, entra a formar parte de un grupo terrorista que se opone a la ocupación inglesa de Palestina y prepara el terreno para la creación del estado de Israel. En un momento determinado, al protagonista—creyente profundo y estudioso desde su adolescencia de los textos sagrados— le encargan dar muerte a sangre fría a John Dawson, un soldado inglés capturado en represalia por la detención de David Ben Moshe, miembro de la célula terrorista.

Los detalles los cuenta Wiesel, laureado con el Premio Nobel de la Paz en 1986, con maestría literaria en *El Alba*. Los elementos centrales de



WIKIMEDIA COMMONS

### Primo Levi

El escritor y químico Primo Levi (1919-1987) fue deportado en 1944 a Auschwitz por su condición de judío, donde sobrevivió hasta su liberación el 27 de enero de 1945. Su obra autobiográfica como superviviente del Holocausto nos ha legado, además de un testimonio histórico sobre el horror que vivió en el campo de exterminio de Auschwitz, el concepto de «zona gris», un espacio en el que confluyen, hasta llegarse a confundir, las «víctimas» y los «verdugos», los «amigos» y los «enemigos», los «buenos» y los «malos».

su argumentación para justificar su paso de víctima a verdugo son un interesante punto de partida para el estudio de la violencia:

1 **El enemigo.** Se trata de un argumento omnipresente: «Lo único que sabía de John Dawson es que era inglés; que era mi enemigo»; eso fue suficiente para firmar su sentencia de muerte. No existe piedad ni medias tintas.

«El undécimo mandamiento del Movimiento: odia a tu enemigo.»

2 **Invocación a Dios.** A los designios divinos, a su voluntad convertida en ley, a sus deseos insondables, a su posición decantada a nuestro favor. Dios es un combatiente de la Resistencia. Wiesel añade con la seguridad y la contundencia del fanático: «Dios es un terrorista». Su plegaria ante el trance de ajusticiar a sangre

## El peligro de «empequeñecer» al sujeto

«La pasión más aniquiladora del siglo xx es la renuncia al individuo y la acusación colectiva contra pueblos o grupos étnicos», dice Imre Kertész, superviviente de Buchenwald y Auschwitz y premio Nobel de Literatura en 2002, en *Dossier K*, el que puede ser considerado su legado autobiográfico.



Imre Kertész

Sobre esta sencilla hipótesis va trazando Amartya Sen, premio Nobel de Economía en 1998, su línea argumental para dar cuenta a lo largo de su ensayo *Identidad y violencia* de una de las manifestaciones más inquietantes de la violencia: el terrorismo con fondo identitario. «El cultivo de la violencia asociada con los conflictos de identidad parece repetirse en todo el mundo cada vez con mayor persistencia.» Cuando, por iniciativa propia o, en la mayoría de los casos, por exigencia de otros, nos empeñamos en reducir a la mínima expresión la diversidad de nuestras pertenencias,

nos empequeñecemos como personas: anulamos nuestra independencia, abdicamos de nosotros mismos y de nuestra manera de ver y de estar en el mundo; nos convertimos en prisioneros de una identidad única que es incompatible con la intrínseca diversidad que nos caracteriza como personas. En estos casos, «el mundo es considerado a menudo una colección de religiones (o de “civilizaciones” o “culturas”), y se ignoran las otras identidades que los individuos tienen y valoran: entre ellas, las de clase, el género, la profesión, el idioma, la moral y la política... El reduccionismo de la alta teoría puede hacer una gran contribución, a menudo inadvertida, a la violencia de la baja política».

Amin Maalouf, Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales, da un paso más: existen identidades directamente asesinas, «gente que comete crímenes en nombre de su identidad religiosa, étnica, nacional o de otra naturaleza». Quizás



Amin Maalouf

«esa concepción estrecha, exclusivista, beata y simplista que reduce toda identidad a una sola pertenencia que se proclama con pasión», escribe Maalouf en el preámbulo de su libro *Identidades asesinas*, nos obliga a renunciar de manera regular a nuestra independencia, nos define como personas intercambiables, nos obliga a pensar, a sentir y actuar de manera idéntica en un insistente ejercicio de sumisión y de conformidad con la mayoría y de obediencia a las órdenes de la autoridad, revestida muchas veces del interesado y siniestro manto de la religión. En una palabra, «si los hombres de todos los países, de todas las condiciones, de todas las creencias, se transforman con tanta facilidad en asesinos, si es igualmente tan fácil que los fanáticos de toda laya se impongan como defensores de la identidad, es porque la concepción “tribal” de la identidad que sigue dominando en el mundo entero favorece esta desviación».



Amartya Sen

## El fracaso de la «Mano Dura»

**Francisco Flores**, presidente de El Salvador entre 2003 y 2007, prometió en la campaña que le aupó a la presidencia de la República acabar por la vía rápida y de manera contundente con uno de los problemas más graves del país: la violencia de las pandillas juveniles, las maras. Imbuido de una ideología simplista basada en principios como «el que la hace, la paga», Flores pretendía acabar con la violencia mediante medidas represivas de persecución policial indiscriminada a toda aquella persona cuyo aspecto externo lo delatara, a ojo de buen cubero, como miembro de alguna de las maras (por sus tatuajes, vestimenta, modo de hablar, manera de comportarse, etcétera).

Con tal fin estableció dos medidas legales, la «Ley de la Mano Dura», vigente desde el 10 de octubre de 2003 al 10 de abril de 2004, y la «Ley de la Super Mano Dura», cuya vigencia comenzó en agosto de 2004. Anunció la medida a bombo y platillo usando una rancia artillería mediática, y con la ayuda y el despliegue de 39 grupos de tareas antipandillas (fuerzas combinadas del ejército y la Policía Nacional Civil) que se desplegaron en 139 municipios. Entre julio de 2003 y agosto de 2004, dichas «Unidades de Choque» allanaron viviendas, detuvieron a unos 18.800 pandilleros y encarcelaron a miles de ellos, lo que colapsó las cárceles y los tribunales

de justicia, además de crear una psicosis de inseguridad y miedo entre la población juvenil.



### SOLUCIÓN FALLIDA

Las medidas gubernamentales represivas contra las maras en El Salvador provocaron el efecto contrario al deseado: fortalecieron los mecanismos internos de cohesión y solidaridad entre los mareros.

Cuando analizaron los resultados de la iniciativa, saltó la sorpresa: entre 2004 y 2005, los homicidios atribuidos a las pandillas pasaron de 432 a 964; los robos, de 372 a 603; las lesiones, de 197 a 362; las

amenazas, de 264 a 430, los desórdenes públicos, de 1539 a 2149... En una palabra: «los planes antipandillas no solo no lograron reducir los índices delincuenciales, sino que generaron condiciones para que la violencia criminal se agudizara cualitativa y cuantitativamente». Esa es la conclusión a la que llegó el Instituto Universitario de la Opinión Pública de la Universidad Centroamericana de El Salvador. Jeannette Aguilar, su actual directora, se ha dedicado durante años al estudio de las pandillas violentas. Su balance acerca de la política de Flores de llevar hasta sus últimas consecuencias el error fundamental para combatir la violencia de las pandillas juveniles no puede resultar más desolador: las leyes de la Mano Dura y de las Super Mano Dura fortalecieron los mecanismos internos de cohesión y solidaridad entre los mareros; se fortaleció la estructura y la organización de las pandillas; se colapsaron las cárceles; se dispararon las reyertas entre los presos con consecuencias letales; se abrió la puerta a los grupos de «limpieza social» especializados en la ejecución extrajudicial de pandilleros, e incluso, se endurecieron los requisitos de ingreso en las maras (la exigencia más frecuente es la eliminación de un miembro de la mara contraria). Además, la detención de los líderes acentuó la lucha por el poder en el interior de las pandillas.

fría a un inocente es, con algunos matices, la misma que invoca hoy el terrorismo salafista: «Padre —le dije— no me juzgues. Juzga a Dios. Es él quien creó el universo e hizo que la justicia se obtenga con la injusticia, que la felicidad de un pueblo se adquiriera al precio de las lágrimas, que la libertad de una nación, como la de los hombres, sea una estatua levantada sobre los cuerpos de los condenados a muerte». Un verdadero horror.

3 **Ideales sublimes.** Metas sagradas y objetivos inaplazables, aun a costa de la vida de los nuestros y, sobre todo, de los otros. «Nosotros decimos que estamos comprometidos en una lucha sagrada, que luchamos contra algo, por

algo; combatimos contra los ingleses, combatimos por una Palestina libre, independiente.»

David ben Moshe sabe por qué lucha; John Dawson no lo sabe. La muerte del primero tiene sentido; la muerte del segundo es un absurdo.

4 **El contexto de guerra.** El entorno de combate lo engulle todo, lo justifica todo, lo perdona todo. «Estábamos en guerra. Teníamos un objetivo, un ideal. Teníamos un enemigo que se interponía entre nosotros y el infinito. Entonces, había que eliminarlo. ¿Cómo? No importaba cómo. Los métodos no tenían ninguna importancia. Los medios son múltiples y pronto se los olvida. Lo que cuenta y queda es el fin único.»

## Cuando una persona se ve obligada a actuar de una determinada manera, tiende a congraciarse lo que piensa con lo que hace

### BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

AQUELLOS HOMBRES GRISES. EL BATALLÓN 101 Y LA SOLUCIÓN FINAL EN POLONIA. C. Browning. Edhasa, Barcelona, 2002.

GENESIS OF SUICIDE TERRORISM. S. Atran en *Science*, vol. 299, págs. 1534-1539, 2003.

MORIR PARA GANAR. R. Pape. Paidós, Barcelona, 2006.

TRILOGÍA DE AUSCHWITZ. P. Levi. El Aleph, Barcelona, 2006.

EL EFECTO LUCIFER. EL PORQUÉ DE LA MALDAD. P. Zimbardo. Paidós, Barcelona, 2007.

TRILOGÍA DE LA NOCHE: LA NOCHE, EL ALBA, EL DÍA. E. Wiesel. El Aleph, Barcelona, 2008.

PSYCHOLOGY OUT OF THE LABORATORY: THE CHALLENGE OF VIOLENT EXTREMISM. J. Ginges, S. Atran, S. Schadeva y D. Medin en *American Psychologist*, vol. 66, págs. 507-519, 2011.

**5 El cumplimiento del deber.** La planificación, la estrategia, la distribución de tareas, los sistemas de control y, de manera especial, la jerarquía forman parte de la estructura de cualquier organización. Todo va en la misma dirección: el cumplimiento del deber, la obediencia incondicional a las órdenes recibidas. «¿Quién ejecutará a John Dawson?, pregunté a Gad. Tú, respondió. ¿Yo?, pregunté sorprendido. No daba crédito a mis oídos. Tú, repitió Gad. Después de un momento agregó: son órdenes del Viejo.»

### Experimentos reveladores

El hilo argumental que nos viene acompañando guarda un estrecho parecido con las conclusiones procedentes de tres de las investigaciones más emblemáticas de la historia de la psicología: los experimentos de Solomon Asch, Stanley Milgram y Philip Zimbardo. A grandes rasgos, todos ellos apuntan como ingredientes de climas sociales violentos a la conformidad del individuo con los lineamientos de la mayoría, la escasa resistencia a la presión grupal, la sumisión a las figuras de autoridad y la obediencia ciega a sus órdenes al margen de las más elementales convenciones morales, la difusión de la responsabilidad y la posibilidad de esconderse detrás de una máscara (el deber, el papel que nos han asignado, etcétera).

El propio Zimbardo ha dado a conocer los detalles de su célebre «Experimento de la Prisión de Stanford» (EPS), que llevó a cabo entre el 14 y el 19 de agosto de 1971, en un extenso libro de título inquietante, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad* [véase «Más allá de la maldad», por Steve Ayan; en este mismo número]. Según indica, es posible «inducir, seducir e iniciar a buenas personas para que acaben actuando con maldad». Mientras no se demuestre lo contrario, esas «buenas personas» somos también nosotros. Puede que eso no nos haga mucha gracia, pero deberíamos orillar la arrogancia de creer que somos distintos (inmunes a la influencia del entorno) de quienes lo hacen y de quienes lo hicieron. En palabras de Zimbardo: «La mayoría de nosotros podemos sufrir unas transformaciones inimaginables cuando estamos

atrapados en una red de fuerzas sociales». Es decir, la situación reviste importancia, mucha más de la que estamos dispuestos a concederle, y mucha más de la que acostumbra a conceder la ley del mínimo esfuerzo por la que se rige el funcionamiento de nuestra mente, marcado por el error fundamental de atribución. También las normas suelen ser un medio de dirigir nuestra conducta en determinadas direcciones; sobre todo, aquellas en las que algunos ven la mano de un ser superior que no está obligado a dar cuenta de su santa voluntad.

Por otro lado, en el gran teatro del mundo aprendemos a interpretar papeles (roles). Unos, los elegimos; otros nos son encomendados. A veces, el guion se adueña del personaje, el hábito acaba adueñándose del monje. El anonimato ayuda a ejecutar acciones que no serían posibles a cara descubierta. «Cuando una persona se siente anónima en una situación, como si nadie se diera cuenta de su verdadera identidad —y, en el fondo, como si a nadie le importara—, es más fácil inducirle a actuar de una manera antisocial», señala Zimbardo. De acuerdo con un elemental principio de coherencia cognitiva, cuando una persona se ve obligada a actuar de una determinada manera, tiende a congraciarse lo que piensa con lo que hace. «La gente tiene más capacidad para racionalizar que para ser racional; tiende a justificar las discrepancias entre su moralidad privada y los actos que la contradicen.» Nos guste o no, actuamos con un ojo puesto en lo que los otros piensan y opinan al respecto: la necesidad de respaldo y aprobación social está presente en nuestras acciones y, todavía más, el miedo al rechazo, a la soledad y a la exclusión. La conformidad frente a la presión de la mayoría es un fenómeno que forma parte de nuestra vida cotidiana y, mucho más, de contextos marcados por el afán de unanimidad, por un escaso respeto a la independencia, por verdades con vocación de eternidad, por un liderazgo autoritario, etcétera.

En definitiva, el poder, la obediencia a las órdenes recibidas, el cumplimiento del deber, las justificaciones ideológicas, los ideales colectivos, la búsqueda de un enemigo culpable de nuestros males y fracasos, la presión grupal, el clima social... todas estas son algunas de las razones que han estado, siguen y seguirán presentes en las manifestaciones más dolorosas y destructivas de la violencia.

*Amalio Blanco es catedrático de psicología social en la Universidad Autónoma de Madrid. En la actualidad coordina el Grupo de Investigación en Violencia y Bienestar Social.*